***Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y ésos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos estremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de La Galatea y de Don Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viaje del Parnaso, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño.*** *Prólogo de las Novelas Ejemplares*

***Con esto poco a poco llegué al puerto***

***a quien los de Cartago dieron nombre,***

***cerrado a todos vientos y encubierto***

***y a cuyo claro y singular renombre***

***se postran cuantos puertos el mar baña,***

***descubre el sol y ha navegado el hombre.***

 *Viaje al Parnaso*

**Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla**

***Voto a Dios que me espanta esta grandeza***

***y que diera un doblón por describilla;***

***porque ¿a quién no sorprende y maravilla***

***esta máquina insigne, esta riqueza?***

***Por Jesucristo vivo, cada pieza***

***vale más de un millón, y que es mancilla***

***que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,***

***Roma triunfante en ánimo y nobleza.***

***Apostaré que el ánima del muerto***

***por gozar este sitio hoy ha dejado***

***la gloria donde vive eternamente.***

***Esto oyó un valentón, y dijo: “Es cierto***

***cuanto dice voacé, señor soldado.***

***Y el que dijere lo contrario, miente.”***

***Y luego, incontinente,***

***caló el chapeo, requirió la espada,***

***miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.***

***La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos, que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!***

Don Qujote de la Mancha. II Capítulo LVIII

***Discurso de Zygmunt Bauman, premio Príncipe de Comunicación y Humanidades 2010, junto a Alain Touraine***

Y esto me lleva a otra de las razones cruciales de mi alegría y mi gratitud: el reconocimiento que han otorgado a mi trabajo proviene de España, la tierra de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de la novela más grande jamás escrita, pero también, a través de esa novela, padre fundador de las humanidades. Cervantes fue el primero en conseguir lo que todos los que trabajamos en las humanidades intentamos con desigual acierto y dentro de nuestras limitadas posibilidades. Tal como lo expresó otro novelista, Milan Kundera, Cervantes envió a Don Quijote a hacer pedazos los velos hechos con remiendos de mitos, máscaras, estereotipos, prejuicios e interpretaciones previas; velos que ocultan el mundo que habitamos y que intentamos comprender. Pero estamos destinados a luchar en vano mientras el velo no se alce o se desgarre. Don Quijote no fue conquistador, fue conquistado. Pero en su derrota, tal como nos enseñó Cervantes, demostró que «la única cosa que nos queda frente a esa ineludible derrota que se llama vida es intentar comprenderla». Eso fue el gran descubrimiento sin parangón de Miguel de Cervantes; una vez hecho, jamás se puede olvidar. Todos los que trabajamos en las humanidades seguimos el camino abierto por ese descubrimiento. Estamos aquí gracias a Cervantes.

***Arturo Pérez-Reverte. Artículo publicado en El País Semanal en 2004***

Don Quijote, o mejor dicho, el hidalgo Alonso Quijano, no es valiente. Sólo cree serlo. Ni siquiera el valor insensato que nace de su locura sobrevive al mundo real que se introduce, implacable, por los resquicios de su armadura anacrónica y abollada. Todo ello, que el lector vislumbra en destellos rápidos a lo largo de la primera parte de la obra, resulta evidente en la segunda. Sólo cerca del final, en Cataluña, nuestro héroe encuentra la aventura de verdad. La muerte de verdad. Sangre auténtica, empezando por el bandolero al que mata Roque Guinart, ante cuyo valor, que sí es real, calla y mira el héroe loco. Y ahí empieza a encogérsele el coraje. Cuando el ataque de los bergantines turcos, él sigue mirando. Oye cañonazos, que no había oído nunca, y de nuevo calla. Se espanta. En realidad, cuando poco después el bachiller Sansón Carrasco vence a Don Quijote -lo mata, en cierto modo- no hace sino liquidar a un héroe agonizante.

Quien sí fue valiente, sin fisuras, es Miguel de Cervantes. Y se nota. Cuando arremete con denuedo, Don Quijote no hace sino utilizar lo que le presta el corazón del hombre que lo alumbra. Cervantes era el joven de Lepanto, el soldado de Urbina honrado y pobre, el gallardo esclavo de Argel; el novelista genial que, pese a cuanto él mismo afirma, sabe perfectamente que es falso que los libros de caballerías estén en su época dorada. Porque el Quijote no liquida nada. Según nos hace notar Martín de Riquer, cuando Cervantes escribe su obra, el género ya está de capa caída. Los pensadores serios, los moralistas, los erasmistas, llevan mucho tiempo repitiendo que los libros de caballerías son depósito de mentiras y vanidades. Su siglo áureo ha sido el XVI, cuando eran leídos lo mismo por el emperador Carlos que por santa Teresa y viajaban hacia poniente en el equipaje de conquistadores que, ellos sí, vivían aventuras desaforadas y bautizaban las nuevas tierras con nombres sacados de esos libros: Patagonia o California. Entre el cañamazo de la parodia genial, por los vericuetos serenos de su prosa, Cervantes nos muestra que no está tan lejos de todo eso como pretende. Ni siquiera, descubre el lector a poco que se fije, el autor se burla de todos los libros de caballerías. Sólo ataca a los malos. Otros los aprueba y subraya sus virtudes, sobre todo el elogio del valor, salvándolos del expurgo de la librería y de la hoguera.

"El viejo soldado admira el heroísmo, y lo venera. Es la degeneración del género lo que satiriza, y sobre todo la decadencia extranjerizante, pues siempre menciona con respeto las antiguas crónicas españolas"Es un error creer que Cervantes desprecia la caballería. El viejo soldado admira el heroísmo, y lo venera. Es la degeneración del género lo que satiriza, y sobre todo la decadencia extranjerizante, pues siempre menciona con respeto las antiguas crónicas españolas. Y es cierto: lord Byron se equivocó en su juicio quijotil. El soldado de Lepanto no ahuyentó con una sonrisa la caballería española, sino que la puso en su lugar y en su tiempo.

***Dostoievski***

«En todo el mundo no hay obra de ficción más profunda y fuerte que ésa. Hasta ahora representa la suprema y máxima expresión del pensamiento humano, la más amarga ironía que pueda formular el hombre y, si se acabase el mundo y alguien preguntase a los hombres: Veamos, ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella? Podrían los hombres mostrar en silencio el Quijote y decir luego: «Ésta es mi conclusión sobre la vida y… ¿podríais condenarme por ella?», escribió Dostoievski.

***Stendhal***

 «Mi encuentro con Don Quijote fue la época más grande de mi vida».

***Galdós***

[El libro en que] «con más perfección están expresadas las grandezas y debilidades del corazón humano».

***Somerset Maugham***

«Repasando mentalmente el universo de la ficción, la única creación absolutamente original que puedo recordar es la de El Quijote».

***David Hume***:

 «Sancho Panza está pintado por Cervantes de modo tan inimitable que nos entretiene lo mismo que si se tratara del héroe más grandioso o del más delicado personaje de una novela de amor».

***Ramón Menéndez Pidal***

«Dulcinea del Toboso queda siempre la más hermosa mujer del mundo»,

***Jacinto Benavente***

«El amor es como don Quijote, cuando recobra el juicio es que está para morir».

***Miguel de Unamuno***

* «El bueno de Sancho guarda tesoros de sabiduría en su ignorancia y tesoros de bondad y de vida en su egoísmo».

- A la pregunta de si existía una filosofía española respondió:

«Sí, la de Don Quijote... la filosofía de Dulcinea, la de no morir, la de creer, la de crear la verdad. Y esta filosofía ni se aprende en cátedras ni se expone por lógica inductiva ni deductiva, ni surge de silogismos, ni de laboratorios, sino surge del corazón»..

***Antonio Machado***

Por mi parte, sólo me atrevería a decir que leyendo a Cervantes me parece comprenderlo

todo.

***Ortega y Gasset***

“La gran figura de don Quijote se encarna como un signo de interrogación, y es como un guardián del espíritu español, del equívoco de la cultura española.”

***Jorge Luis Borges***

“¿Por qué nos inquieta que don Quijote sea lector de El Quijote, y Hamlet espectador de Hamlet? Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios.”

***Orson Welles***

El gran mito es don Quijote, pero Sancho es el gran personaje. Es maravilloso, un personaje maravilloso.”

***Ruben Darío.*** *Cantos de vida y esperanza*

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,

que de fuerza alientas y de ensueños vistes,

coronado de áureo yelmo de ilusión;

que nadie ha podido vencer todavía,

por la adarga al brazo, toda fantasía,

y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,

que santificaste todos los caminos

con el paso augusto de tu heroicidad,

contra las certezas, contra las conciencias

y contra las leyes y contra las ciencias,

contra la mentira, contra la verdad...

¡Caballero errante de los caballeros,

varón de varones, príncipe de fieros,

par entre los pares, maestro, salud!

¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,

entre los aplausos o entre los desdenes,

y entre las coronas y los parabienes

y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias

antiguas y para quien clásicas glorias

serían apenas de ley y razón,

soportas elogios, memorias, discursos,

resistes certámenes, tarjetas, concursos,

y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,

a un enamorado de tu Clavileño,

y cuyo Pegaso relincha hacia ti;

escucha los versos de estas letanías,

hechas con las cosas de todos los días

y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,

con el alma a tientas, con la fe perdida,

llenos de congojas y faltos de sol,

por advenedizas almas de manga ancha,

que ridiculizan el ser de la Mancha,

el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos

las mágicas rosas, los sublimes ramos

de laurel Pro nobis ora, gran señor.

¡Tiembla la floresta de laurel del mundo,

y antes que tu hermano vago, Segismundo,

el pálido Hamlet te ofrece una flor!

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;

ruega casto, puro, celeste, animoso;

por nos intercede, suplica por nos,

pues casi ya estamos sin savia, sin brote,

sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,

sin piel y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos

de los superhombres de Nietzsche, de cantos

áfonos, recetas que firma un doctor,

de las epidemias, de horribles blasfemias

de las Academias,

¡líbranos, Señor!

De rudos malsines,

falsos paladines,

y espíritus finos y blandos y ruines,

del hampa que sacia

su canallocracia

con burlar la gloria, la vida, el honor,

del puñal con gracia,

¡líbranos, Señor!

Noble peregrino de los peregrinos,

que santificaste todos los caminos,

con el paso augusto de tu heroicidad,

contra las certezas, contra las conciencias

y contra las leyes y contra las ciencias,

contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes

que de fuerza alientas y de ensueños vistes,

coronado de áureo yelmo de ilusión!

¡que nadie ha podido vencer todavía,

por la adarga al brazo, toda fantasía,

y la lanza en ristre, toda corazón!

***J. M. Serrat****. Vencidos, del álbum Mediterráneo*

Por la manchega llanura

Se vuelve a ver la figura

De Don Quijote, pasar

Y ahora, ociosa y abollada

Va en el rucio, la armadura

Y va ocioso el caballero

Sin peto y sin espaldas

Va cargado de amargura

Que allá encontró sepultura

Su amoroso batallar

Va cargado de amargura

Que allá quedó su ventura

En la playa de Barcino

Frente al mar

Cuántas veces Don Quijote

Por esa misma llanura

En horas de desaliento

Así, te miró pasar

Y cuántas veces te gritó

"Hazme un sitio en tu montura

Y llévame a tu lugar

Hazme un sitio en tu montura

Caballero derrotado

Hazme un sitio en tu montura

Que yo también, voy cargado de amargura

Y no puedo batallar

Ponme a la grupa contigo

Caballero del honor

Ponme a la grupa contigo

Y llévame a ser contigo, contigo, pastor"

*Por la manchega llanura*

*Se vuelve a ver la figura*

*De Don Quijote, pasar*

*Va cargado de amargura*

*Va vencido el caballero*

*Que retornó a su lugar*